

DANFORTH (*lo que le molesta es cómo eso se refleja en él mismo*): No me caben dudas, alguacil. (*Herrick asiente y sale.*) Ahora bien, ¿qué testimonio tenéis para nosotros, señor Proctor? Y os ruego ser claro, limpio como el Cielo y honesto.

PROCTOR (*extrayendo algunos papeles*): No soy abogado, y trataré...

DANFORTH: Los lfos de corazón no necesitan abogado. Continúad a vuestro gusto.

PROCTOR (*entregando un papel a Danforth*): ¿Queréis leer esto primero, señor? Es una especie de testimonio. La gente que lo firma declara su buena opinión sobre Rebecca y mi esposa y Martha Corey. (*Danforth mira el papel.*)

PARRIS: (*tratando de aprovechar el sarcasmo de Danforth*): ¡Su buena opinión! (*Pero Danforth sigue leyendo y Proctor se siente alentado.*)

PROCTOR: Estos son todos los agricultores propietarios, miembros de la iglesia. (*Con delicadeza, tratando de señalar un párrafo*): Si observáis, señor..., han conocido a las mujeres por muchos años y jamás vieron señales de que hubiesen traficado con el Diablo.

(*Parris se acerca nerviosamente y lee por sobre el hombro de Danforth.*)

DANFORTH (*examinando una larga lista*): ¿Cuántos nombres hay aquí?

FRANCIS: Noventa y uno, Excelencia.

PARRIS (*sudando*): Esta gente debiera ser convocada. (*Danforth lo mira, interrogante.*) Para interrogarlos.

FRANCIS (*temblando de ira*): Señor Danforth, les he dado a todos mi palabra de que ningún mal les ocurrirá por firmar esto.

PARRIS: ¡Esto es claramente un ataque al tribunal!

HALE (*a Parris, tratando de contenerse*): ¿Es que toda defensa es un ataque al tribunal? ¿Es que nadie puede...?

PARRIS: Toda quella gente que es inocente y cristiana se alegra de que haya tribunales en Salem. En cambio, esta gente está triste. (*A Danforth directamente.*) Y creo que queréis saber de boca de todos y cada uno de ellos, qué es lo que de vos no les place.

HATHORNE: Creo que debieran ser examinados, señor.

DANFORTH: No es necesariamente un ataque, creo. Sin embargo...

FRANCIS: Son todos cristianos devotos, señor.

DANFORTH: Entonces estoy seguro de que nada tendrán que temer. (*Entrega el papel a Cheever.*) Señor Cheever, haced extender órdenes de arresto para todos éstos, arrestos para indagatoria. (*A Proctor.*) Ahora bien, señor, ¿qué otra información tenéis para nosotros? (*Francis, horrorizado, está aún de pie.*) Podéis sentaros, señor Nurse.

FRANCIS: He traído trastornos para esta gente: yo he...

DANFORTH: No, abuelo, no habéis herido a esta gente si son de buena moral. Pero debéis entender, señor, que una persona está con este tribunal o si no debe considerarse que está en contra, no hay términos medios. Este es un momento bien definido, un momento preciso...; ya no vivimos en el oscuro atardecer en que el mal se mezclaba con el bien y confundían al mundo. Ahora, gracias a Dios, ha salido el sol radianete y aquellos que no temen la luz, sin duda lo alabarán. Espero que seréis uno de ellos. (*Mary Warren de pronto solloza.*) Por lo que veo, no se siente bien.

PROCTOR: No, no está bien, señor. (*A Mary, inclinándose hacia ella, teniéndole la mano, con calma.*) Recuerda ahora lo que el ángel Rafael le dijo a Tobías, recuérdalo.

MARY (*casi inaudible*): Sí...

PROCTOR: "Sólo harás bien y ningún mal recaerá sobre tí".

MARY: Sí.

DANFORTH: Vamos, hombre, os aguardamos.

(Vuelve el alguacil Herrick y retoma su puesto junto a la puerta.)

GILES: Mi testimonio, John; entrégale el mío.

PROCTOR: Sí. *(Le entrega otro papel a Danforth.)* Este es el testimonio del señor Corey.

DANFORTH: Ah, ¿sí? *(Lo examina. Hathorne se acerca desde atrás y lee con él.)*

HATHORNE *(suspiciousamente)*: ¿Qué abogado redactó esto, Corey?

GILES: Bien sabéis que jamás tomé un abogado en mi vida, Hathorne.

DANFORTH *(terminando de leer)*: Muy bien escrito. Mis congratulaciones. Señor Parris, si el señor Putnam está en la Corte, ¿tendríais a bien traerlo? *(Hathorne toma el testimonio y va hacia la ventana. Parris va a la sala del tribunal.)* ¿No tenéis ninguna preparación legal, señor Corey?

GILES *(muy orondo)*: La mejor, señor... Treinta y tres veces he estado ante tribunales en mi vida. Y siempre he sido el demandante.

DANFORTH: Ah, entonces sois muy irritable.

GILES: No soy irritable conozco mis derechos, señor, y los haré valer. Sabéis, vuestro padre juzgó un caso mío...; quizá haga ya treinta y cinco años de ello, creo.

DANFORTH: Ah, ¿sí?

GILES: ¿Nunca os habló de ello?

DANFORTH: No, no puedo recordarlo.

GILES: Es raro; me dió nueve libras por daños. Era un juez justo vuestro padre. Porque veréis: tenía yo una yegua blanca entonces y un tipo vino a que le preste la yegua... *(Entra Parris con Thomas Putnam. Cuando lo ve a Putnam, Giles pierde su desembarazo; se pone duro.)* Ah, ahí está.

DANFORTH: Señor Putnam, tengo aquí una acusación del señor Corey en contra vuestra. Declara que firmemente habéis incitado a vuestra hija a acusar de brujería a George Jacobs, quien está ahora en la cárcel.

PUTNAM: Es mentira.

DANFORTH *(volviéndose a Giles)*: El señor Putnam afirma que vuestro cargo es falso. ¿Qué respondéis a eso?

GILES *(furioso, sus puños crispados)*: ¡Un pedo para Thomas Putnam, eso es lo que respondo!

DANFORTH: ¿Qué prueba presentáis con vuestra acusación, señor?

GILES: ¡Ahí está mi prueba! *(Señalando el papel.)* Si Jacobs es colgado por brujo, pierde derecho a sus propiedades...; ¡esa es la ley! Y no hay nadie más que Putnam con dinero para comprar semejante extensión. ¡Este hombre mata a sus vecinos por sus tierras!

DANFORTH: ¡Pero la prueba, señor, la prueba!

GILES *(señalando su testimonio)*: ¡La prueba está ahí! ¡La obtuve de un hombre honesto que oyó decirlo así a Putnam! El día que su hija acusó a Jacobs, dijo que con eso ella le había hecho un buen regalo de tierras.

HATHORNE: ¿Y el nombre de este hombre?

GILES: *(sorprendido)*: ¿Qué nombre?

HATHORNE: Del hombre que os dió tal información.

GILES (*duda, luego*): Pues, yo... no puedo daros su nombre.

HATHORNE: ¿Y por qué no?

GILES (*duda, luego explota*): ¡Vos sabéis bien por qué no! ¡Irán a parar a la cárcel si os doy su nombre!

HATHORNE: ¡Esto es desacato al tribunal, señor Danforth!

DANFORTH (*para evitar eso*): Sin duda, nos diréis su nombre.

GILES: No os daré ningún nombre. Mencioné el nombre de mi mujer una vez y ya por ello arderé bastante en el infierno. Me quedo mudo.

DANFORTH: En ese caso, no tengo más alternativa que arrestaros por desacato a la Corte, ¿sabéis eso?

GILES: Esto es una audiencia; no podéis encerrarme por desacato a una audiencia.

DANFORTH: ¡Ah, es un buen abogado! ¿Deseáis que declare al tribunal en sesión aquí mismo? ¿O me responderéis debidamente?

GILES (*vacilante*): No puedo daros ningún nombre, señor, no puedo.

DANFORTH: Sois un viejo tonto. Señor Cheever, comenzad el acta. La Corte está en sesión. Os pregunto, señor Corey...

PROCTOR (*entrometiéndose*): Vuestra Honorabilidad..., le han dado la historia confidencialmente, señor, y él...

PARRIS: ¡El Diablo participa de tales confidencias! (A Danforth): ¡Sin confidencias no habría conspiración, Vuestra Merced!

HATHORNE: Creo que hay que destruirla, señor.

DANFORTH (*a Giles*): Viejo, si vuestro informante dice la verdad, que venga aquí, abiertamente, como un hombre decente. Mas si se esconde en el anónimo, debo saber por qué. Y bien, señor, el gobierno y la Iglesia central os exigen el nombre de quien denunció al señor Thomas Putnam como vulgar asesino.

HALE: Excelencia...

DANFORTH: Señor Hale.

HALE: No podemos continuar ignorándolo. En la comarca hay un inmenso temor a este tribunal...

DANFORTH: Entonces hay una inmensa culpa en la comarca. ¿Tenéis vos miedo de ser interrogado aquí?

HALE: Yo sólo puedo temer al Señor, Excelencia, pero con todo, hay miedo en la comarca.

DANFORTH (*iracundo ahora*): ¡No me reprochéis el miedo de la comarca! ¡En la comarca hay miedo porque en la comarca hay una conspiración en marcha para derrocar a Cristo!

HALE: Pero eso no quiere decir que todo aquel que sea acusado forme parte de ella.

DANFORTH: ¡Ningún hombre incorrupto puede temer a este tribunal señor Hale! ¡Ninguno! (A Giles): Estáis arrestado por desacato a este tribunal. Ahora sentaos y consultad con vos mismo, o seréis enviado a la cárcel hasta tanto decidáis contestar a todas las preguntas.

(Giles Corey se lanza hacia Putnam. Proctor se arroja y lo contiene.)

PROCTOR: ¡No, Giles!

GILES (*por sobre el hombro de Proctor, a Putnam*): ¡Te cortaré el pescuezo, Putnam, todavía voy a matarte!

PROCTOR (*forzándolo a sentarse*): Paz, Giles, paz. (Lo suelta.) Le probaremos nuestra veracidad. Ahora sí. (Comienza a

tornarse hacia Danforth.)

GILES: No digas nada más, John. (Señalando a Danforth): ¡Sólo juega contigo! ¡Su intención es ahorcarnos a todos!

(Mary Warren prorrumpe en sollozos.)

DANFORTH: Esto es una corte de justicia, señor. ¡No permitiré afrentas aquí!

PROCTOR: Perdonadle, señor, por su edad. Paz, Giles, ahora lo probaremos todo. (Levanta el mentón de Mary.) No puedes llorar, Mary. Recuerda al ángel, lo que le dijo al niño. Aférrate a ello ahora, ahí está tu salvación. (Mary se tranquiliza. Él extrae un papel y se vuelve a Danforth.) Este es el testimonio de Mary Warren. Yo... yo os pediría que recordéis, señor, al leerlo, que hasta hace dos semanas ella no era diferente de como son hoy las otras niñas. (Habla razonablemente, conteniendo todos sus temores, su ira, su ansiedad.) La visteis gritar, aulló, juró que espíritus familiares la sofocaban; hasta atestiguó que Satán, bajo la forma de mujeres que ahora están en la cárcel, trató de ganar su alma y luego, cuando ella rehusó...

DANFORTH: Sabemos todo eso.

PROCTOR: Sí señor. Ella jura ahora que jamás vió a Satán, ni espíritu alguno, vago o nítido, que haya podido mandar a Satán para herirla. Y declara que sus amigas mienten ahora.

(Proctor se adelanta a darle el testimonio a Danforth, cuando Hale se acerca a éste, tembloroso.)

HALE: Excelencia, un momento. Creo que esto va al nudo de la cuestión.

DANFORTH (con profunda aprensión): Sin lugar a dudas.

HALE: No puedo decir si es un hombre honesto; lo conozco poco. Pero en honor a la justicia, señor, una demanda de tanto peso no puede ser argüida por un campesino. Por amor de Dios, señor, deteneos aquí; enviadlo a casa y que regrese con

un abogado...

DANFORTH (pacientemente): Escuchad, señor Hale...

HALE: Excelencia, he firmado setenta y dos sentencias de muerte; soy un ministro del señor y no me atrevo a tomar una vida sin que haya una prueba tan imaculada que no la ponga en duda ni el menor escrúpulo de conciencia.

DANFORTH: Señor Hale, me imagino que no dudáis de mi justicia.

HALE: He condenado esta mañana, con mi firma, el alma de Rebecca Nurse, Vuestra Honorabilidad. ¡No quiero ocultarlo, mi mano aún tiembla como si estuviese herida! Os ruego, señor, ESTE alegato dejad que sean abogados quienes lo presenten.

DANFORTH: Señor Hale, creedme; para ser un hombre tan grandemente ilustrado, estáis muy confundido...; espero me disculpéis. He estado treinta y dos años en el foro, señor, y me sentiría azorado si me llamasen a defender esta gente. Considerad ahora... (a Proctor y a los otros): y os ruego que hagáis lo mismo. En un crimen ordinario, ¿cómo hace uno para defender al acusado? Uno llama testigos para probar su inocencia. Pero la brujería es "ipso facto", por sus rasgos y su naturaleza, un crimen invisible, ¿no es así? Por consiguiente, ¿quién puede lógicamente ser testigo de él? La bruja y la víctima. Nadie más. Ahora, no podemos esperar que la bruja se acuse a sí misma, ¿conforme? Por consiguiente debemos fiarnos de sus víctimas. Y ellas sí que dan fe, las niñas ciertamente dan fe. En cuanto a las brujas, nadie negará que estamos extremadamente ansiosos por todas sus confesiones. Por consiguiente, ¿qué es lo que le queda a un abogado por demostrar? Creo haberme explicado, ¿no es así?

HALE: Pero esta criatura sostiene que las muchachas no son veraces y si no lo son...

DANFORTH: Eso es precisamente lo que estoy por considerar, señor. ¿Qué más podéis pedir de mí? A menos que dudéis de mi probidad!

HALE (*derrotado*): ¡Es claro que no, señor! Consideradlo, pues.

DANFORTH: Y vos tranquilizad vuestros temores. Ese testimonio, señor Proctor. (*Proctor se lo entrega. Hathorne se levanta, se ubica al lado de Danforth y comienza a leer. Parris se ubica del otro lado. Danforth mira a John Proctor y comienza a leer. Hale se levanta, busca un sitio junto al juez y lee también. Proctor mira a Giles. Francis reza en silencio, las manos juntas. Cheever aguarda plácidamente, en el papel del sublime funcionario cumplidor. Mary Warren solloza una vez. John Proctor le toca la cabeza, tranquilizador. Ahora Danforth levanta la vista, se pone de pie, extrae un pañuelo y se suena la nariz. Los demás se hacen a un lado, mientras él se acerca pensativo a la ventana.*)

PARRIS (*a duras penas conteniendo su ira y miedo*): Yo quisiera interrogar...

DANFORTH (*primer arranque verdadero en el cual no quedan dudas de su desprecio por Parris*): ¡Señor Parris, os mando que os calléis! (*Queda en silencio, mirando por la ventana. Habiendo establecido que él marcará el paso*): Señor Cheever, ¿queréis entrar en la Corte y traer aquí a las niñas? (*Cheever se levanta y sale por el foro. Danforth se vuelve a Mary*): Mary Warren, ¿cómo has venido a dar semejante vuelco? ¿Te ha amenazado el señor Proctor para conseguir este testimonio?

MARY: No, señor.

DANFORTH: ¿Te amenazó alguna vez?

MARY (*más débil*): No, señor.

DANFORTH (*percibiendo un debilitamiento*): ¿Te amenazó él?

MARY: No, señor.

DANFORTH: ¿Me dices entonces, que has comparecido ante mi tribunal mintiendo fríamente mientras sabías que, por esa declaración, gente sería colgada? (*ella no contesta.*) ¡Respóndeme!

MARY (*casi inaudible*): Sí, señor.

DANFORTH: ¿Cómo te has instruido en tu vida? ¿No sabes que Dios condena a todos los mentirosos? (*Ella no puede hablar.*) ¿O es ahora cuando mientes?

MARY: No, señor... Estoy con Dios ahora.

DANFORTH: Estás con Dios ahora.

MARY: Sí, señor.

DANFORTH (*conteniéndose*): Te diré esto... O mientes ahora, o mentiras en la Corte, y en cualquier caso has incurrido en perjurio y por ello irás a la cárcel. No puedes decir con tanta ligereza que mentiste, Mary. ¿Sabes eso?

MARY: No puedo mentir más. Estoy con Dios, estoy con Dios.

(*Pero prorrumpe en sollozos al pensarlo, y se abre la puerta derecha por la que entran Susanna Walcott, Mercy Lewis, Betty Parris y, finalmente, Abigail. Cheever se acerca a Danforth.*)

CHEEVER: Ruth Putnam no está en la Corte, señor, ni tampoco las otras niñas.

DANFORTH: Éstas serán suficientes. Sentaos, niñas. (*Se sientan en silencio.*) Vuestra amiga Mary Warren, nos ha dado un testimonio. En el cual ella jura que jamás vió demonios familiares, aparecidos, ni ninguna otra manifestación del Diablo. Además sostiene que ninguna de vosotras ha visto estas cosas, tampoco. (*Breve pausa.*) Y bien, niñas, éste es un tribunal de justicia. La ley, basada en la Biblia, y la Biblia escrita por Dios Todopoderoso, prohíben la práctica de la brujería y señalan la muerte como pena correspondiente. Pero del mismo modo, niñas, la ley y la Biblia condenan a todo portador de falso testimonio. (*Breve pausa.*) Bien. No dejo de percibir que este testimonio pudo haber sido ideado para cegarnos; puede muy bien ser que Mary Warren haya sido conquistada por Satán, quien la manda aquí para distraernos

de nuestro sagrado propósito. Si es así, su cuello pagará bu-
la, os ruego, y confesad vuestra simulación, pues una confe-
sión rápida os será de más leves consecuencias. (Pausa.) Abi-
gail Williams, levántate. (Abigail se levanta lentamente.)
¿Hay algo de verdad en esto?

ABIGAIL: No, señor.

DANFORTH (piensa, mira a Mary, luego nuevamente a Abigail):
Niñas, una sonda omnividente será introducida en vuestras al-
mas hasta que vuestra honestidad sea probada. ¿Alguna de vo-
sotras quiere cambiar de idea ahora, o queréis forzarne a un
duro interrogatorio?

ABIGAIL: Nada tengo que cambiar, señor. Ella miente.

DANFORTH (a Mary): ¿Quieres aún continuar esto?

MARY (débilmente): Sí, señor.

DANFORTH (volviéndose a Abigail): En la casa del señor
Proctor se descubrió un muñeco, atravesado por una aguja. Ma-
ry Warren sostiene que tú estabas sentada junto a ella en la
Corte cuando ella lo hizo, y que tú la viste hacerlo y presen-
ciaste cómo ella misma introdujo su aguja en el muñeco, para
guardarla allí. ¿Qué tienes que decir a esto?

ABIGAIL (con una leve nota de indignación): Es mentira, se-
ñor.

DANFORTH (luego de una breve pausa): Mientras trabajabas
para el señor Proctor, ¿viste algún muñeco en la casa?

ABIGAIL: La señora Proctor siempre tuvo muñecos.

PROCTOR: Vuestra Honorabilidad, mi mujer nunca tuvo muñe-
cos. Mary Warren confiesa que ese muñeco era suyo.

CHEEVER: Vuestra Excelencia.

DANFORTH: ¡Señor Cheever!

CHEEVER: Cuando hablé con la señora Proctor en esa casa,
ella dijo que nunca tenía muñecos. Pero dijo que sí los tuvo
cuando era niña.

PROCTOR: Vuestra Merced, hace quince años que ella dejó
de ser niña.

HATHORNE: Pero un muñeco se conserva quince años, ¿no es
así?

PROCTOR: ¡Se conserva si se lo conserva! Pero Mary Wa-
rren jura que nunca vió muñecos en mi casa, como no los vió
nadie.

PARRIS: ¿Por qué no podía haber muñecos escondidos donde
nadie los viera?

PROCTOR (furioso): Puede también haber un dragón con cin-
co patas en mi casa, pero nadie lo ha visto.

PARRIS: Nosotros estamos aquí, Vuestra Excelencia, preci-
samente para descubrir aquello que nadie ha visto.

PROCTOR: Señor Danforth, ¿qué puede ganar esta niña des-
mintiéndose? ¿Qué puede ganar Mary Warren más que un duro
interrogatorio o algo peor?

DANFORTH: Estáis acusando a Abigail Williams de un fabu-
loso y frío plan de asesinato, ¿entendéis eso?

PROCTOR: Lo entiendo, señor. Creo que asesinar es lo que
se propone.

DANFORTH (señalando a Abigail, incrédulo): ¿Esta niña ase-
sinaría a vuestra esposa?

PROCTOR: No es una niña. Escuchadme, señor. A la vista
de la congregación ella fué echada dos veces de la capilla,
este año, por reír durante la oración.

DANFORTH (sacudido, volviéndose a Abigail): ¿Qué es esto?
¡Reír durante...!